

# El Sacerdote y la Política

por  
ENRIQUE J. LAJE,  
S. J.

DESDE LA MUERTE de Camilo Torres, una serie de hechos ha ido dibujando frente a la opinión pública un nuevo tipo de sacerdote latinoamericano que se compromete con movimientos de cambio político-social.

Este compromiso ha tenido entre nosotros manifestaciones diversas: las declaraciones y actuaciones del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, conflictos entre el Gobernador y el Obispo en algunas provincias, sacerdotes que participan en huelgas de obreros y estudiantes...

Por otra parte, el Episcopado Latinoamericano en Medellín (agosto-setiembre, 1968), y el Argentino en San Miguel (abril 1969) han manifestado su preocupación por la justicia social en el continente y en nuestro país.

¿Significa esto que los sacerdotes abandonan su función propia para hacer política? ¿Significa que la Iglesia quiere cap-

tar la buena voluntad de las masas para quedar bien situada en caso de una subversión político social?

Estas y otras preguntas similares manifiestan el malestar y el desconcierto que siente el hombre de la calle frente a los hechos aludidos.

Esto nos obliga a una reflexión sobre la función del sacerdote y la política, y sobre la actitud que debe adoptar respecto del problema social.

## ¿PUEDE EL SACERDOTE HACER POLITICA?

Para responder a esta pregunta es necesario primero delimitar bien el problema y distinguir claramente sus diversos planos.

Es necesario definir en qué sentido nos referimos al sacerdote y qué entendemos por hacer política.

En efecto, se puede considerar al sacerdote en su dimensión de ciudadano respon-



El Cardenal  
Antonio Caggiano  
en diálogo con obispos  
argentinos.

sable con prescindencia de su sacerdocio, y se lo puede considerar en su calidad de sacerdote que como tal tiene una representatividad eclesial que trasciende su persona.

Y por hacer política, se puede entender el compromiso con una concepción determinada del hombre y de la sociedad que inspire su organización política, o bien, el compromiso con un sistema político determinado, o bien el compromiso con tal o cual partido dentro de un sistema.

El sacerdote, en cuanto ciudadano, tiene el derecho y el deber de interesarse por la vida pública de su país y del mundo. Puede y debe también formarse sus propias opiniones políticas y votar como ciudadano por el candidato y partido que crea conveniente para el bien del país.

Pero si actúa como ciudadano en política expresando sus opiniones públicamente, luchando por o contra un determinado sistema, o afiliándose a un partido, no puede, sin caer en un clericalismo de nuevo o viejo estilo, poner la autoridad de su función sacerdotal al servicio de sus opiniones personales.

Poner la verdad del Evangelio al servicio de sus propias opiniones políticas sería traicionar al Cristianismo que no está ligado por su naturaleza a ningún sistema político, económico o social (cfr. Conc. Vat. II, G. et S., n. 42).

Por otra parte, no es fácil separar en la práctica la imagen del ciudadano de la del sacerdote. Ante los ojos de los fieles y de la opinión pública el sacerdote representa a la Iglesia.

Por eso, el canon 139 del Derecho Canónico le prohíbe aceptar, sin una autorización especial, cargos públicos de gobierno o parlamentarios.

Pero si consideramos al sacerdote en cuanto tal, en su función específica como sacerdote, entonces su relación con la política es la misma que la de la Jerarquía.

El obispo y el sacerdote participan, en virtud del sacramento del orden, de la misión profética de Cristo.

Su ministerio les exige, por tanto, proclamar, en privado y en público, las exigencias del Evangelio no sólo en lo puramente religioso, sino también en todas aquellas cuestiones donde confluyen lo religioso, lo moral, lo social, lo económico y lo político.

#### DENUNCIA "PROFETICA"

El sacerdote debe denunciar el pecado, y por eso también la injusticia, sobre todo la injusticia "institucionalizada", o sea la injusticia de las estructuras político-sociales.

Pero para que esta denuncia sea cristiana debe nacer del amor y no del odio, no debe ser destructiva sino constructiva.

Como lo indicaba el Arzobispado de Buenos Aires el 15 de julio de 1969, "sería pedagógico y pastoralmente nocivo y además antievangélico el tratar de crear sistemáticamente en el pueblo una conciencia de desesperación, o hacerle perder toda esperanza en las soluciones a sus problemas. Sembrando desesperación no puede recogerse sino frutos funestos.

"El hacer la apología de la violencia —prosigue el comunicado—, presentando la lucha armada como salida verdadera y eficaz para la solución de los problemas sociales, estaría no sólo contra la Declaración del Episcopado Argentino en San Miguel y las conclusiones de Medellín, sino también contra las orientaciones del Concilio Vaticano II y las mismas enseñanzas del Papa, que dice de la violencia que *no es ni cristiana ni evangélica* (Pablo VI, Bogotá 23-8-68)" (1).

El Arzobispado señala además que "no se podría propiciar como reacción a los vicios del capitalismo liberal la implantación lisa y llana del socialismo. La *socialización* de la que habla el Concilio (Iglesia y Mundo, 6), no es socialismo colectivista y totalitario y menos marxismo".

Esta es la postura del Papa y de los Obispos, debe ser también la del sacerdote.

El sacerdote debería denunciar también la utopía de aquellos que creen que podrá obtenerse un orden más justo por el solo cambio de las estructuras. El Evangelio nos enseña que la injusticia nace del corazón del hombre. Mientras el hombre sea hombre, con las estructuras actuales o con otras, habrá injusticias. Por eso, el sacerdote deberá predicar siempre, como Cristo, la conversión del corazón.

Por otra parte, el sentido común y el respeto a la inteligencia de nuestro pueblo, piden que la denuncia de la "injusticia institucionalizada" no sea *simplista*.

Los fieles tienen derecho a esperar de sus sacerdotes un mínimo de *información objetiva* y de respeto a las implicancias técnicas del problema social. No basta tener buena voluntad para solucionar los graves y difíciles problemas del mundo de hoy. También es necesario saber cómo y contar con los medios adecuados. Y sobre esto son los técnicos los que tienen la palabra.

#### ¿DE IZQUIERDA O DE DERECHA?

No es infrecuente oír hoy que tal o cual sacerdote es de izquierda o de derecha. Y la expresión "izquierda cristiana", o "Cristianismo de izquierda" ha obtenido carta de ciudadanía.

Para ser fiel a su ministerio y al Evangelio, ¿debe el sacerdote ser de izquierda o de derecha?

P. E. Charbonneau, a nuestro juicio, responde acertadamente a esta pregunta



"Si ser de izquierda es desear que sean modificadas las inhumanas estructuras que sirven de base a nuestra vida económico-social, empeñarse en exterminar los vestigios aún excesivamente numerosos del antiguo capitalismo liberal, exigir que haya una justa distribución de las riquezas del país, tomar la defensa del débil frente al fuerte, defender una posición que afirma el primado del trabajo y del hombre sobre la ganancia y el capital, pensar que la vida económica de la nación debe ser planeada en vistas a desenvolverse en el sentido de un progreso equilibrado; si todo eso es ser de izquierda, diremos que *somos de la izquierda*, y que es un deber militar en ella.

"Pero si ser de izquierda es rechazar la verdadera democracia y optar por una dictadura semejante a la rusa, encerrar al pueblo en un dispositivo policial que destruye todas las libertades, pensar a través de los decretos impuestos por el partido y negar la iniciativa particular y el derecho de propiedad, en ese caso afirmamos que no lo somos.

"Por otra parte, si ser de derecha es defender el *statu quo*, esforzarse por mantener los privilegios exorbitantes, negar el derecho a la huelga, oprimir al obrero hasta negarle un salario justo, aplastar a los sindicatos, comprar a los políticos, engañar al fisco, ejercer un anticomunismo profesional y ruidoso, entonces no lo somos.

"Pero si ser de derecha significa abogar por la promoción del hombre en un régimen que pone la propiedad al alcance de todos, proclamar que la verdadera democracia política tiene que asentarse en una verdadera democracia económica, rechazar la huelga política y la demagogia de las medidas económicas que no resuelven nada y oponerse a una solución cuyo fundamento sería el materialismo histórico, en este caso sí, *somos de la derecha*" (2).

## COMPROMISO POLITICO

Parecería que en orden a lograr una sociedad más justa, no basta la denuncia de la injusticia sino que es también necesaria la acción política.

¿Debe el sacerdote comprometerse en una acción política?

Ya no se trata aquí solamente de la concepción cristiana del hombre que debe inspirar la organización política de la sociedad, sino de un compromiso en orden a la acción.

Ya no se trata de un ideal sino de los medios para lograrlo.

Esto plantea un nuevo problema porque al nivel de los medios hay muchas opciones legítimas.

Por eso, dentro de la opción por un orden político verdaderamente justo y humano cabe una pluralidad de sistemas, y dentro de cada sistema una pluralidad de partidos.

Ninguno de esos sistemas o partidos es exigido por el Evangelio como opción necesaria. El sacerdote, por tanto, en cuanto sacerdote, no puede identificarse con ninguno de ellos.

La opción por un sistema y por un partido no es la *opción del sacerdote*, sino la *opción del ciudadano*.

Lo que corresponde al sacerdote es inspirar, desde el Evangelio, la creación de un orden justo y humano que permita al hombre realizarse plenamente como persona, y que le garantice la protección y el respeto debidos a sus derechos inalienables. Un orden justo ordenado al *bien común* y no a satisfacer los intereses particulares de mayorías o minorías.

A esta acción inspiradora exhorta el Arzobispo Coadjutor de Buenos Aires a los sacerdotes con un "llamado a la reflexión de su condición de ministros auténticos de la paz y del bien que procede de su sacerdocio enraizado en el de Jesucristo.

"Sacerdotes que no sólo proclamen la justicia y denuncien la injusticia, sino que trabajen positivamente en la formación de laicos a fin de que se pueda llegar más eficazmente a la solución de los problemas y a la transformación de las estructuras.

"Para ello deberá usarse medios decididos que, sin embargo, serán siempre serenos, evangélicamente pacíficos y constructivos, coherentes con la doctrina evangélica de Jesucristo y el magisterio de la Iglesia" (3). ♦

(1) No toda violencia es injusta. El mismo Pablo VI indica su legitimidad en casos de "tiranía evidente y prolongada que atentase gravemente a los derechos de las personas y dañase peligrosamente el bien común" (*Populorum progressio*, N° 31). La doctrina tradicional sobre la violencia señala para su legitimidad las condiciones siguientes: 1) Es preciso que el poder contra el cual nos levantamos sea manifiestamente injusto, es decir, sea reconocido como tal por un número suficiente de ciudadanos juiciosos. 2) Los intereses a proteger deben ser de considerable importancia. 3) Las posibilidades de éxito deben ser pesadas, y consideradas por lo menos como seriamente probables. 4) Deben ser agotados antes todos los medios pacíficos, llegándose a la revolución únicamente como último recurso (cfr. P. E. CHARBONNEAU, *Cristianismo, sociedad y revolución*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1969, p. 103). A esto debe añadirse que no se debe causar un mal mayor que el que se quiere remediar y que el fin no justifica los medios.

(2) Obra citada, p. 110-111.

(3) Comunicado oficial del 15 de julio de 1969.